

Javier
Menéndez
Flores

Joaquín
Sabina

Perdonen
la tristeza

Edición revisada y actualizada

LIBROS CÚPULA



JOAQUÍN SABINA
PERDONEN LA TRISTEZA

Javier Menéndez Flores

LIBROS CÚPULA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto original: Javier Menéndez Flores, 2000.

© del texto actualizado y ampliado: Javier Menéndez Flores, 2018.

© imagen de cubierta: Javier Salas.

© imágenes del interior: Getty Images, Efe, *El País* y del archivo del autor.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del *copyright* de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño
Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición: marzo de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2407-9
Depósito legal: B. 190-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Una imperdonable tristeza (prólogo a la presente edición)	11
En su descargo (prólogo a la edición de 2000)	19
Nota del autor (para la edición de 2000)	23
<i>Besar al mensajero</i> , por Joaquín Sabina	25
Cap. 0. Ha venido al mundo un niño sin dios	27
Cap. 1. <i>Inventario</i> . El exilio, la dicha, los retratos	47
Cap. 2. <i>Malas compañías</i> . Pongamos que hablo de Madrid	63
Cap. 3. <i>Ruleta rusa</i> . Pisando el acelerador	79
Cap. 4. <i>Juez y parte</i> . Entre la cirrosis y la sobredosis	93
Cap. 5. <i>Joaquín Sabina y Viceversa</i> . Ocupen su localidad	109
Cap. 6. <i>Hotel, dulce hotel</i> . Devuélvanme mi fracaso	125
Cap. 7. <i>El hombre del traje gris</i> . ¿Quién me ha robado el mes de abril?	143
Cap. 8. <i>Mentiras piadosas</i> . El diario no hablaba de mí	157
Cap. 9. <i>Física y química</i> . Mejor tiempo en Le Mans	175
Cap. 10. <i>Esta boca es mía</i> . No dejes que te impidan galopar	195
Cap. 11. <i>Yo, mí, me, contigo</i> . Y me envenenan los besos que voy dando	217
Cap. 12. <i>Enemigos íntimos</i> . Eh, viejo, <i>jugate</i> el pellejo	237
Cap. 12+1. <i>19 días y 500 noches</i> . Ahora que todos los cuentos parecen el cuento de nunca empezar	253
Cap. 14. <i>Dímelo en la calle</i> . Olvidé la lección a la vuelta de un coma profundo	277
Cap. 15. <i>Alivio de luto</i> . Con nada que ocultar, con todo por delante	319

Cap. 16.	<i>Vinagre y rosas</i> . Con sesenta qué importa la talla de mis Calvin Klein	345
Cap. 17.	<i>Lo niego todo</i> . Ni he quemado mis naves ni sé pedir perdón	385
	Sabinismos y sabinadas (cien perlas para la posteridad)	407
	Pongamos que hablo de Joaquín (el cantante visto por distintas figuras de la música, la literatura, el cine, el periodismo y la política)	417
	<i>Ese Joaquín es el que aún me sigue sorprendiendo</i> , por Luis Eduardo Aute	418
	<i>Todavía es de noche</i> , por Andrés Calamaro	420
	<i>Joaquín es de verdad</i> , por Juan Echanove	422
	<i>El vino del diablo</i> , por Fernando G. Tola	425
	<i>Noches de tormenta</i> , por Javier Gurruchaga	427
	<i>El Dylan de los que no sabemos inglés</i> , por Ángel Antonio Herrera	432
	<i>A uno al que le mudó la voz</i> , por Javier Krahe	434
	<i>Los amores perdidos</i> , por Joaquín Leguina	435
	<i>Pongamos que hablo de un amigo</i> , por Lolita	437
	<i>Una sola hecatombe</i> , por Melchor Miralles	438
	<i>Joaquín Sabina</i> , por Antonio Muñoz Molina	440
	<i>La música, experiencia compartida</i> , por Darío Prieto	441
	<i>El atleta de la medianoche</i> , por Miguel Ríos	443
	<i>Canciones sin autopsia</i> , por Rulo (Raúl Gutiérrez)	444
	<i>De mujeres, de amigos y de gafas</i> , por José Sacristán	445
	<i>Sabina y Anibas</i> , por Joan Manuel Serrat	448
	<i>Todavía no habéis visto nada</i> , por Manolo Tena	451
	<i>Sabina contra el imperio del crimen (introducción a un posible bolero)</i> , por Manuel Vázquez Montalbán	454
	Cronología esencial	457

BESAR AL MENSAJERO

por Joaquín Sabina

*Este Flash-book a plumilla
que Javi Menéndez Flowers
da a la imprenta,
ni me cuenta las ladillas
ni bucea en los desagües
ni me inventa.*

*Ni me toca los cojones
ni barniza la verdad
ni chismorrea,
a pesar (usted perdone)
de que le tocó bailar
con la más fea.*

*Con biógrafos a medida
llenen los cortes ingleses
sus estantes:
¿tu fallo? Contar mi vida.
¡Qué buen ensayo si oviese
buen cantante!*

*Mirándose en los tus ojos
de tinta de chipirón*

*de Malasaña,
hasta los piratas cojos
le quitan al corazón
sus telarañas.*

*Quién iba a decirme a mí,
tan profano en semifusas
y academias,
que al hermano de Caín
le inspiraban más las musas
con anemia.*

*En tu pluma, mis baladas,
parecen mucho mejores
que las mías;
ojalá queden lectores
todavía.*

HA VENIDO AL MUNDO UN NIÑO SIN DIOS

*Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.*

CÉSAR VALLEJO, *Espergesia (Los heraldos negros)*

El 12 de febrero de 1949, Adela Sabina del Campo, de profesión, sus labores, esposa del inspector de policía Jerónimo Martínez Gallego, dio a luz en Úbeda, Jaén, al segundo de sus hijos, varón también, quien fue bautizado como Joaquín Ramón Martínez Sabina.

Aquel niño vino al mundo en un año en el que España empezaba a salir de uno de los períodos de mayor necesidad y carestía de toda su historia. En el intervalo de tiempo transcurrido desde el fin de la Guerra Civil Española (1939) hasta los estertores de los cuarenta —la década de la autarquía, pura y dura posguerra—, la situación económica del país era realmente trágica, pues el hambre impuso su feroz tiranía en la mayoría de los hogares españoles. Para justificar tan lamentable tesitura, el Régimen alegó en su defensa diversas razones: el bloqueo económico impuesto por los países contrarios al franquismo, la nula posibilidad de vender los productos nacionales a los países amigos (cuyas economías habían que-

dado seriamente afectadas a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial), las numerosas pérdidas materiales causadas durante el conflicto bélico y la sequía, que malbarató las cosechas. Y aunque todas esas circunstancias contribuyeron, sin duda, a la creación de tan desolador panorama, los verdaderos motivos fueron el fracaso de aquel modelo económico. El dirigismo y la centralización políticas supusieron un notable escollo a la iniciativa y no lograron acabar con el miserable racionamiento (en 1949 los salarios eran entre un veinticinco y un treinta y cinco por ciento más bajos que antes del estallido de la guerra). El elevado gasto público, que no remediaba las perentorias necesidades sociales, y una anticuada industria que estaba protegida en exceso y hacía del todo imposible la competencia, coadyuvaron al estancamiento de España.*

Joaquín Sabina no pasó necesidades ni gozó tampoco de una infancia acomodada, pues la profesión de su padre no daba para excesivos lujos, pero sí pudo recibir una educación rigurosa y completa y, a diferencia de tantísimos niños de aquella época, no tuvo que ponerse a trabajar para echar una mano en la economía del hogar. En una entrevista publicada en *Cambio 16* a principios de 1986, definió a su familia del siguiente modo: «Yo pertenezco a una de esas familias honestas, avaras y cristianas hasta la médula que no son ni chi-

* El 4 de abril de 1949 se fundó en Washington, Estados Unidos, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), una alianza militar intergubernamental que constituye un sistema de defensa colectiva entre todos los estados miembros, y del que formaron parte doce países. España se unió a ella en 1981, tres décadas después. En 1986, el Gobierno socialista, que ganó las elecciones generales de ese mismo año con el lema *OTAN: de entrada NO*, fue el primer valedor de la continuidad en dicha organización, para lo cual convocó un polémico referéndum en el que los españoles votaron de forma mayoritaria a favor de la permanencia. Sabina se contó entre el nutrido grupo de artistas e intelectuales que se movilizaron activamente, aunque sin éxito, para pedir el no.

cha ni limoná, y que se quitan el dinero de la comida para que el hijo vaya a un colegio decente. Esa tristeza de la infancia la tengo metida en el alma y es un frío del que huyo desde siempre buscando calor».

Tras concluir sus estudios primarios, prosiguió el bachillerato en el Colegio Salesiano Santo Domingo Savio. Su libro escolar, plagado de sobresalientes y notables, nos habla de un estudiante excelente, casi me atrevería a decir que brillante, lo cual no le impedía subirse a las nubes bastante a menudo, pongamos que en plena clase de religión, para imaginarse a sí mismo como escritor de éxito. Un anhelo que siempre estuvo vivo en él, como declaró en una entrevista de 1983 para el *Heraldo de Aragón*: «Desde los diez o doce años yo quería, sobre todo, escribir. Fíjate que enfrente de nuestro colegio teníamos el colegio de niñas de las Carmelitas, de las que todos estábamos enamorados, claro, y cuando llegaba la Inmaculada había un concurso de poesía. Bueno, pues yo les hacía las poesías a todas ellas para que concursasen, ¡y todas diferentes! A una, un soneto; a otra, una copla de pie quebrado; a otra, una quintilla...».

Es a su padre a quien le debe la pasión por la literatura, ya que el policía se empleaba a fondo en sus ratos libres en la composición de sonetos y en la lectura de poetas como Jorge Manrique y Fray Luis de León. El incipiente vate de apenas doce años recogió ese testigo y leyó a esos autores con devoción, y en los años sucesivos amplió su mapa literario con escritores de la importancia de Faulkner, James Joyce y Proust. Sabina lo señaló en una entrevista publicada en *Diario 16* en mayo de 1990: «Mi padre me dejó algo que es casi lo más importante que tengo: el amor a las palabras. A juntar palabras y contar historias. Él era uno de esos poetas de provincias que cuando se casaba una sobrina, le dedicaba un romance. Todavía tengo sus obras completas, mil tomos en-

cuadernados por él, con cientos de poesías a cualquier cosa. Eso se lo agradezco muchísimo. Nos escribíamos los sobres de las cartas en sonetos, y en la mili era una vergüenza porque el cabo leía en voz alta los sobres delante de toda la compañía».

A los catorce años tuvo su primera experiencia musical activa, cuando formó, junto con otros tres compañeros de estudios, el grupo *The Merry Youngs*, que supuso su acercamiento al *rock* y, también, su primigenio contacto con el público. Interpretaban, castellanizados, éxitos de clásicos del *rock* americano —Elvis Presley, Chuck Berry, Little Richard...—, cuyas versiones les llegaban a través del grupo *Los Llopis* y del Dúo Dinámico, de quienes Joaquín era un gran fan. Aquello le brindó la oportunidad de acercarse a las chicas de su pueblo, a las que trataba de hurtarles, con no demasiada fortuna, algún tórpido beso adolescente.

Hasta que conoció a quien fue su primera novia, Chispa, la hija de un notario de Úbeda que le inspiró decenas de versos de amor. Aquella fue una relación bastante accidentada, ya que el padre de la muchacha se opuso desde un principio a ella. Años después, cuando Sabina ya era universitario, la familia de Chispa se trasladó a Granollers. Joaquín no claudicó y, en compañía de un fiel amigo, viajó hasta allí y se instaló junto a su casa en una tienda de campaña. Chispa se escapó con él y recalaron en el valle de Arán, en la provincia de Lleida, en donde vivieron unos días que permanecen indelebles en su memoria. Pero como los amores a distancia están condenados al fracaso, los pasos dados en direcciones opuestas los acabaron separando sin remedio.

Uno de los hechos a los que Joaquín se ha referido siempre como una suerte de mito fundacional fue el día en que aprobó cuarto y reválida, pues tal vez marcó el comienzo de su decisión de no formar parte de las vidas organizadas y adscribirse a

las huestes de inadaptados —aunque en su caso esa inadaptación sea en la actualidad del todo privilegiada— que sortean el día a día ajenos a horarios y ataduras laborales. Como era tradición en su familia cuando se superaba tan alto listón, su padre quiso recompensarle con un reloj de pulsera, pero él manifestó que prefería una guitarra y su deseo fue satisfecho. Su hermano mayor, en cambio, sí que había aceptado el reloj y, según Joaquín, ese pequeño detalle sería el que los empezó a distanciar: su hermano se convirtió, como su padre, en policía, y él en un cantante cantante. Dos mundos tan alejados entre sí como el cielo y el suelo.

Una vez finalizado el bachillerato, con diecisiete años, se trasladó a Granada para matricularse en la Facultad de Filosofía y Letras e iniciar los estudios de Filología Románica. Allí, fuera ya de las pacatas paredes de su pueblo, empezó a respirar una atmósfera de cierta libertad —teniendo en cuenta la represión de la época— y a establecer contacto con jóvenes que, al igual que él, tenían grandes inquietudes y un deseo ciego de cambiar el mundo. De la mano de Pablo del Águila, uno de sus grandes amigos y mentores en sus años universitarios, descubrió la poesía desgarrada, brutal y bellísima de César Vallejo y el lirismo triste de Pablo Neruda, dos autores —sobre todo el primero— que han viajado desde entonces con él en forma de sorda letanía, y cuya influencia se puede apreciar en una buena parte de su obra.

Aunque llegó a ingresar en la tuna, la abandonó casi antes de entrar, pues sus aspiraciones musicales y crapulosas no iban precisamente por esos fútiles derroteros.

Sabina asegura que en aquella época se levantaba, como otros muchos estudiantes, a las ocho de la mañana —algo que jamás ha vuelto a hacer— para comprar los diarios y seguir los pormenores de la vida parisina en el mayo del 68. Ese año, de gran convulsión política y social, fue detenido por su propio

padre durante el estado de excepción.* En una entrevista realizada para el suplemento semanal del *Heraldo de Aragón*, en 1983, relató así aquel episodio: «Yo estuve detenido una vez y me detuvo mi padre. Fue en el estado de excepción del 68. En Granada empezaron a detener a gente y a mí me entró un poco de miedo, por lo que me fui a mi pueblo. Un día llamaron a la policía de Úbeda y ordenaron mi búsqueda. Mi padre me cogió, me metió en un coche y me llevó a Granada, donde me interrogaron. Luego me volví otra vez a mi pueblo, donde estuve desterrado tres meses sin poder salir». Su progenitor, lejos de recriminarle aquel lance, fue en todo momento comprensivo con el díscolo hijo, cosa que no puede decirse del policía encargado de su interrogatorio, como el cantante manifestó en otra entrevista para el semanario *Cambio 16* en marzo de 1986: «Mi padre se portó con una maravillosa elegancia y no dijo ni pío durante todo el trayecto. El único que habló fue el policía que me interrogó, quien decía continuamente: “No te doy una hostia porque está tu padre en el pasillo, que si no...”».

En 1970 —el mismo año en el que los Beatles anunciaron su ruptura— comenzó a colaborar en la revista literaria *Poesía 70*, una publicación puesta en marcha por el poeta Juan de Loza

* En el verano de 1968, en Guipúzcoa, el encarcelamiento de varios sacerdotes vascos vinculados a ETA, que ese año cometió sus primeros asesinatos, motivaron una huelga general y numerosas manifestaciones, las cuales fueron reprimidas por la policía con excesiva dureza. Se decretó el estado de excepción en la zona, pero debido a la gran repercusión que aquellos disturbios tuvieron en el resto de las provincias españolas, en las que estudiantes y sacerdotes, fundamentalmente, exigieron una mayor libertad, tuvo que ampliarse a todo el país. El gobierno franquista, que no tardó en darse autobombo ante la opinión pública por los logros obtenidos con el Segundo Plan de Desarrollo, no imaginaba una reacción popular semejante. Se resistían a admitir que no solo de la economía vive el hombre, y que la demanda de mayores libertades era cada vez más atronadora. El estado de excepción se mantuvo todo ese año y continuó hasta finales de marzo de 1969.

que tuvo una importante incidencia entre los cantantes y jóvenes poetas que empezaron a agruparse alrededor del grupo denominado Manifiesto Canción del Sur. Su participación en ella lo hermanó con artistas que, pese a su juventud, ya tenían un nombrecito, como Carlos Cano y Luis Eduardo Aute. Sin embargo, aquella empresa no sobrevivió más allá de los seis primeros números: fue precisamente un dibujo erótico de Aute lo que provocó el cierre de su redacción.

Ese mismo año, Sabina, que como todo universitario de entonces poseía un espíritu idealista y un marcado sentimiento revolucionario, participó en un acto pseudoterrorista: en Granada, y en protesta por el Proceso de Burgos,* colocó en compañía de unos amigos un *cóctel molotov* en una sucursal del Banco de Bilbao. Si aquel contestatario estudiante hubiera siquiera imaginado que esa acción cambiaría drásticamente el curso de su vida, tal vez se lo hubiera pensado dos veces antes de llevarla a cabo. A unos días de ser llamado a filas para cumplir el servicio militar, y con la policía pisándole los talones —pues habían sido alertados acerca de la identidad de los responsables de la colocación del artefacto explosivo—, decidió *exiliarse* al Reino Unido cuando tan solo le faltaban unas asignaturas para

* Los primeros asesinatos de ETA, acaecidos en 1968 —el del guardia civil José Pardines Arcay, de Guipúzcoa, y el de Melitón Manzanos, comisario de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, primer atentado premeditado de esa organización criminal—, desembocaron en el juicio conocido como Proceso de Burgos, en el que varios activistas de la banda terrorista fueron juzgados. Se inició en esa ciudad el 3 de diciembre de 1970, y el 28 de ese mes se dictaron las sentencias: nueve condenas a muerte, 500 años de prisión y una multa de un millón y medio de pesetas. Debido a las numerosas manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas públicas que tuvieron lugar en todo el país, se decretó un nuevo estado de excepción. Dos días más tarde de darse a conocer las sentencias, y debido a la enorme presión internacional —ETA recibió el apoyo de todos los países occidentales y hasta del Vaticano, ya que dos de los implicados eran sacerdotes—, el general Francisco Franco, jefe del Estado español, indultó a los condenados a la pena capital.

concluir la carrera, sin sospechar que residiría allí por espacio de siete largos años.

En una entrevista realizada por el periodista Carlos Boyero para la revista *Rolling Stone*, en febrero de 2000, Sabina explicó así aquel suceso: «Yo tenía una novia inglesa, con la primera y más gloriosa minifalda que se vio jamás en Granada, que estaba haciendo una tesis. Aproveché un regreso suyo para largarme a Londres con ella y vivir allí siete años. [...] Habíamos puesto un *cóctel molotov* en el Banco de Bilbao porque era el Proceso de Burgos. La policía lo sabía y, del *comando* que formábamos, algunos se escaquearon y a otros los trincaron y les cayeron meses de cárcel. Yo estaba escondido y me tocaba irme a los diez días a la mili, pero, tal y como estaba la situación, había que largarse». Joaquín aprovechó aquella entrevista para dedicarle unas palabras de agradecimiento a la persona que hizo posible su marcha a Londres: «Quiero hacer un homenaje a un personaje excepcional, Mariano Zugasti, al que jamás he vuelto a ver, que nunca me ha llamado para tomarnos un jumilla o recordar lo que hizo por mí. [...] Yo no tenía pasaporte, entre otras cosas, porque no tenía ninguna posibilidad de salir al extranjero. Para mí, Londres era como el espacio sideral. [...] Una noche conozco a este tipo durante ocho horas y el tío me da su pasaporte, sin conocerle, con el peligro que aquello implicaba, a cambio de nada. Solo tuve que cambiar la foto, aunque después, en Londres, me hice experto en ese tipo de falsificaciones. Cada vez que necesito creer en el género humano, pienso en el acto de Mariano Zugasti.* [...] Poco después me

* En el editorial de *Rolling Stone* del mes siguiente a la publicación de la entrevista, el director escribía una nota en la que relataba que la cuñada de Mariano Zugasti contactó con la redacción de parte de la madre de Zugasti, la cual había leído la entrevista. Esa mujer pensaba escribir a Joaquín para decirle que su hijo llevaba ya dieciséis años muerto y que sus palabras le habían emocionado enormemente.

enteré, a través de los periódicos, de que un tal Mariano Zugasti había aparecido en Londres pidiendo refugio político. Lesley, que estaba bien relacionada, me consiguió asilo político y recuperé mi verdadera identidad en Inglaterra».

En efecto, una nota de la agencia Efe dirigida al *Diario de Jaén* el 16 de enero de 1971, confirmaba la presencia del español en suelo escocés. Con el encabezado «Acusado de prestar falsa declaración», la misiva decía lo siguiente:

«El español Joaquín Martínez Sabina, de 21 años, ha sido acusado esta noche oficialmente por la policía de Edimburgo de contravenir la Ley de Extranjeros de 1953 y prestar una falsa declaración con objeto de desorientar a la policía.

Tras un largo interrogatorio, Martínez Sabina ha sido puesto en libertad a condición de que permanezca en Edimburgo, en una dirección conocida por la policía, hasta que sea citado a juicio para responder de la acusación.

Su abogado, M. Frank Cannon, ha dicho que espera que esto sea dentro de algunas semanas. Martínez Sabina había pedido asilo político en Gran Bretaña, alegando que estaba bajo amenazas en España por sus actividades políticas, pero la policía no ha estimado veraces sus declaraciones».

Los diarios *Ideal* y *Ya* se hicieron a su vez eco de esa información. El primero tituló la noticia «Un separatista vasco de Jaén» y el segundo, «Propagandista del separatismo vasco».

Todo aquello formaba parte de una estudiada estrategia diseñada por sus abogados —amigos de su novia Lesley— con el fin de conseguirle a Joaquín asilo político en Inglaterra y, de ese modo, poder recuperar su identidad. Con ese propósito

convocaron una rueda de prensa para poner a la opinión pública de su parte y a la que acudieron periodistas de distintos diarios escoceses que, tal y como habían previsto, recogieron y difundieron las perfectamente calculadas declaraciones del estudiante español.

El cebo surtió el efecto deseado: a los escasos veinte días de publicarse las mentadas reseñas, otra nota de Efe, remitida en esta ocasión al *Periódico de Jaén* con fecha de 4 de febrero de 1971 y el encabezado «Desertor español», aportaba los siguientes datos:

«El Ministerio británico del Interior ha concedido permiso de estancia en Gran Bretaña, por doce meses, al estudiante español Joaquín Martínez Sabina, de 21 años, que tenía que haberse incorporado al servicio militar en el pasado mes de enero y que, para no cumplirlo, salió de España y entró ilegalmente en este país a principios de año.

Martínez Sabina consiguió entrar en Gran Bretaña, con un visado falso, en la primera semana de enero y fue acusado por la policía ante los tribunales. Para evitar ser castigado, inventó, al parecer, una historia de persecución y, apoyado por el abogado escocés Frank Cannon, ha conseguido que le sea concedido permiso de estancia por un año».

En esta ocasión fue el diario *ABC* quien se encargó de recoger la noticia bajo el título «Permiso de estancia a desertor español».

Una vez obtenido el permiso de residencia, Joaquín convivió en Edimburgo con su novia Lesley durante algunos meses, en los que disfrutó tanto de la absoluta libertad que le confería el residir en un país extranjero con un régimen democrático,

como de los juegos amatorios que practicaba —sin la necesidad de las burdas prevenciones y de los mil ocultamientos que les eran indispensables en Granada— con su fogosa *partenaire*. Pero, finalmente, las muchas diferencias culturales y las distintas pretensiones profesionales les precipitaron a la ruptura: ella quería que Joaquín sentara la cabeza y se hiciera un hombre de provecho, que terminara la interrumpida carrera y se convirtiese, por caso, en profesor universitario, y él, en cambio, no se había visto en otra igual para dedicarse a su oficio favorito: vivir la vida en el sentido absoluto de la frase. Al término de unas vacaciones que pasaron en Londres, Joaquín tomó la repentina decisión de continuar en esa ciudad y no regresar con Lesley a Edimburgo. Nunca jamás volverían a verse.

En su nuevo destino, y dado que estaba tieso como la mo-
jama, se vio en la necesidad de convertirse por un tiempo en *squatter* u okupa: habitó distintas casas abandonadas que, con resignación, instinto de supervivencia y no poca maña, llegó a transformar en su hogar, dulce hogar.

A raíz de una manifestación de españoles que tuvo lugar en las calles de Londres, y en la que se vio inmerso casi por casualidad, Sabina entró en contacto con algunos de los numerosos republicanos residentes en la capital británica y con otros estudiantes de su país que se hallaban en su misma situación. De ese modo fue como se implicó en el colectivo español afincado en Londres y frecuentó el Club Antonio Machado, de filiación comunista y fundado por los primeros republicanos llegados a suelo británico, donde colaboró en muchas de las actividades culturales que llevaron a cabo. Volvió a poner en funcionamiento el grupo de teatro Juan Panadero, el cual abandonó en Granada, y con el que representó controvertidas obras de autores como Bertolt Brecht (*La excepción y la regla*) y Miguel Hernández (*Pasión y muerte*), e incluso llegó a dirigir un cineclub en el que se proyectaban películas de Buñuel pro-

hibidas en España y que eran consumidas con fruición por estudiantes españoles que viajaban a Londres por un fin de semana para empaparse de las ventajas culturales del mundo libre.

Entretanto, para subsistir tuvo que desarrollar los más dispares trabajos —camarero, hombre-anuncio, camillero en un hospital...—, hasta que, harto ya de vivir como un miserable y de realizar tareas innobles que no le enriquecían lo más mínimo, decidió probar fortuna cantando, acompañado de su guitarra, por los restaurantes y bares ubicados en las inmediaciones de Portobello Road, en cuya zona residió siempre mientras vivió en Londres.

Después de mucho bregar de un lado para otro y de dejarse las cuerdas vocales ante un público ávido de canciones típicas del folclore español y mexicano —perdió la cuenta de las veces que en aquellos años cantó «Cielito lindo», «Viva España» y «Borriquito como tú»—, se convirtió, gracias a la mezcla infalible de talento y simpatía, en una pequeña estrella local dentro de un circuito de establecimientos de hostelería latinos. En uno de ellos, llamado Mexicano-Taverna, llegó a interpretar el «Happy birthday to you» para George Harrison, exguitarrista de los Beatles, quien celebró allí su fiesta de cumpleaños. El famosísimo músico, a pesar de que Sabina no era ni de lejos Marilyn Monroe, le obsequió con un billete de cinco libras que el andaluz ha guardado todos estos años como si se tratara de una reliquia familiar. Astros de la interpretación como Elizabeth Taylor y Richard Chamberlain (*Los tres mosqueteros*, *El pájaro espino*...) también se contaron entre su casual público.

A finales de 1973 debió de correr el rumor entre las altas instancias policiales españolas de que un tal Joaquín Sabina, que salió de España tres años antes bajo una identidad falsa, tenía pensado regresar a su país. En un télex remitido a la comisaría de Jaén por el jefe superior de la policía de fronteras,

con fecha del 27 de diciembre, se alertaba a las autoridades jiennenses de lo siguiente:

«Tan pronto efectúe su entrada en España el cantante Joaquín Sabina, cuyos datos personales se ignoran, deberá ser detenido y puesto a disposición de esta dirección Gral., C. G. I. Social, a la que se dará cuenta en caso positivo por el medio más rápido, así como a esta de fronteras, haciendo constar su filiación completa. Comuníquese a puertos y aeropuertos.

También Málaga, Almería, etcétera...».

Como demuestran esas líneas, por España las cosas no estaban como para andarse con tonterías.* Por suerte para Joaquín, su padre pudo interceptar el peligroso télex y avisarle a tiempo, lo que le evitó cualquier tentación de volver a casa.

Lo cierto es que en el transcurso de su estancia en el Reino Unido, el compromiso político de Sabina fue en aumento. Algo del todo comprensible dado el entorno en el cual se desenvolvía. En un artículo publicado en el *Boletín de Información Española* en diciembre de 1974, se recogían estas líneas, escritas a raíz de uno de los muchos festivales organizados por los nu-

* El 20 de diciembre de 1973, poco antes de las diez de la mañana, la banda terrorista ETA dio uno de sus golpes más espectaculares: a través de un túnel practicado en un sótano, y que iba a parar a la calzada, colocó un gran número de explosivos que fueron activados en el momento justo en el que pasaba, como todas las mañanas a esa misma hora, el vehículo oficial del presidente del Gobierno español, Carrero Blanco, quien se disponía a acudir a misa. El coche voló literalmente hasta una altura de veinte metros, remontó una vivienda de cinco pisos y acabó encajado en el claustro de la casa provincial de los jesuitas, sita en la madrileña calle de Claudio Coello. Aquel asesinato fue celebrado con entusiasmo por todos aquellos que abominaban del ya achacoso régimen franquista y dejó más abierto que nunca el mapa político español. Le sucedería, aunque por poco tiempo, el hasta entonces ministro de la Gobernación, Carlos Arias Navarro.

merosos emigrantes que residían en la ciudad de Londres: «Para las canciones populares y de protesta apareció en el escenario un enorme mapa de España rodeado y atado por trementas cadenas, pero que se habían roto en Portugal... Txema cantó al País Vasco y a su gente. Joaquín Sabina y Carmen y Jesús pusieron música a los problemas de España y Sudamérica. Al final, los cuatro hicieron una canción en homenaje al pueblo chileno...».

De hecho, durante aquellos años Joaquín colaboró estrechamente con la Junta Democrática de Londres, organismo creado por el abogado y político Antonio García-Trevijano con el objeto de formar una coalición de fuerzas políticas, sindicales y sociales de oposición al régimen franquista, y que contó con simpatizantes de distintos países europeos. En el primer piso del restaurante Barcelona, donde actuaba para los clientes, se encargaba a la vez de disponer de todo lo necesario para instalar a intelectuales y opositores a la dictadura que se citaban allí para conspirar, como José Vidal-Beneyto o Raúl del Pozo. Además, Sabina conoció en aquellos días a exiliados políticos no solo de España, sino también de América Latina, con los que se solidarizó de inmediato, como me relató: «Estando yo allí llegaron muchas oleadas: los chilenos que venían huyendo de Pinochet; los argentinos que venían huyendo de López Rega... * Todas esas oleadas las viví. Era un gueto. Es decir, yo me relacioné poco, por no decir casi nada, con ingleses».

En 1975, una nota publicada en la revista *Cambio 16* incluía su nombre como uno de los participantes en un festival de mú-

* José López Rega fue el ministro de Bienestar Social durante los gobiernos de Héctor José Cámpora, Raúl Alberto Lastiri, Juan Domingo Perón y María Estela Martínez de Perón, más conocida como Isabelita Perón, y organizador de la temible Alianza Anticomunista Argentina (AAA), conocida como la *Triple A*, un grupo armado de ultraderecha que llevó a cabo asesinatos selectivos de intelectuales, artistas, políticos de izquierdas, historiadores y sindicalistas.

sica: «El pasado 9 de agosto, dos semanas después del multitudinario mitin de Santiago Carrillo, y en el mismo local, se celebró un festival de canción popular con la participación de dos mil españoles. [...] La participación artística fue de gran calidad, corroborada constantemente por los aplausos del público. [...] Joaquín Sabina hizo vibrar al público con sus canciones comprometidas por la libertad. [...] La segunda parte del festival consistió en un recital del cantante más popular hoy en día en Cataluña, Lluís Llach, a quien el régimen franquista prohíbe cantar en su propio país. [...] Su voz y sus canciones impresionaron al público, siendo muchas de ellas coreadas por el mismo». En la sección de *Cartas* de la revista parisina *Iberia Cultura*, aparecía, bajo el título «Llach y otros más», la siguiente misiva, a propósito de la anterior recensión: «En el núm. 194 leemos una información sobre la actuación de Lluís Llach en Londres, que suponemos escrita por su corresponsal y asistente a la misma. Nosotros valoramos profundamente la actitud y la línea de *Cambio 16* [...]. Por eso, no nos parece justo que, en este caso, además de la mención de los problemas que Lluís Llach tiene en España, que reconocemos y repudiamos sinceramente, no se diga también que en el citado acto, ante unos mil quinientos españoles, emigrantes y veraneantes en Londres, cantaron además Joaquín Sabina (cuatro años de canción “forzada” en Inglaterra, dos montajes teatrales escritos y dirigidos para el grupo “Juan Panadero”, etc.) y Jorge Melgarejo (cantautor argentino afincado en España...)...». En esa carta se apreciaba que Joaquín ya era querido y valorado como intérprete, en un círculo muy concreto, fuera de España, cuando en su país, por razones obvias, no era ni siquiera conocido.

Por aquel entonces, Sabina ya había rehecho su vida sentimental junto a Sonia Tena, hermana del crítico musical Carlos Tena, con quien vivió un tórrido romance que acabó de la peor manera posible: ella lo dejó por un amigo común, algo

que no sería la única vez que le ocurriera a lo largo de su dilatado periplo sentimental.

En abril de 1976, en Londres, publicó, costeado de su propio bolsillo, el poemario *Memoria del exilio*, el cual recogía un buen puñado de poemas cantables de corte fatalista que, dos años más tarde, constituyeron el grueso de su primer disco, *Inventario*. El libro fue editado por la editorial Nueva Voz, con una tirada de mil ejemplares que el propio Sabina se encargó de distribuir por el área de Portobello Road. Gracias a su don de gentes y a las muchas amistades trabadas en el más de medio lustro transcurrido en la capital británica, logró vender hasta el último ejemplar. En un prólogo incluido en él, Sabina justificaba aquel trabajo del siguiente modo:

«No me engaño sobre estos textos, fueron escritos para ser cantados. Me temo que leídos resulten desabridos como puchero de pobre; echan de menos la voz y la guitarra. El exilio y la impotencia son culpables de que se editen en forma de libro. García Márquez dijo una vez que escribía para que lo quisieran más sus amigos. Este libro es para mis amigos, los viejos y queridos de siempre, los que encontré ayer, los que aún no conozco. Creo en la canción como género impuro, efímero, de taberna, de suburbio; por eso amo el *blues*, los tangos, el flamenco. Mis canciones quieren ser crónicas cotidianas del exilio, del amor, de la angustia, de tanta sordidez acumulada que nos han hecho pasar por historia...».

Ese mismo año, la cadena de televisión BBC le encargó la banda sonora de la serie *The Last Crusade*, basada en una novela homónima sobre la guerra civil española. Lo cual viene a confirmar que de haberse decantado por la permanencia en

suelo británico, es muy probable que no le hubiese faltado trabajo como compositor e intérprete. Algo que, tras sus duros comienzos y su condición de español, esto es, de extranjero, certifica su increíble adaptación al medio.

Por fin, en julio de 1976, Fernando Morán, a la sazón cónsul de la cancillería española en Londres, fue quien le proporcionó su primer pasaporte legal, con el que se dispuso, muerto ya el dictador y con un escenario político muy distinto al que existía cuando dejó España, a volver a la tierra de origen, tan añorada durante su largo exilio. Aunque esa vuelta no se produjo hasta unos meses después, estrenado ya 1977.

El tiempo pasado en Londres fue decisivo en la formación artística de Sabina, ya que le permitió el acceso a un tipo de cultura y modo de vida que jamás habría conocido en la España franquista. Ese caldo de cultivo hizo que, a su regreso, se distanciara musicalmente del resto de los cantautores, entre quienes siempre se sintió un extraño.

En una entrevista que le realicé para el semanario *Interviú*, en octubre de 1997, cuando le pregunté de qué modo habían influido en él los siete años transcurridos en Londres me contestó lo siguiente: «Me influyeron muchísimo. Primero, como paréntesis. Son unos años en los que no cumples años. Estás siempre pensando “se va a morir Franco y voy a volver”, y llevas una vida transitoria, en la que no echas raíces, no construyes casa ni acumulas dinero. Y si tienes novia, piensas que no es para siempre porque volverás. Lo cual es estupendo, porque te da una sensación de provisionalidad fantástica. Por otro lado, yo habría sido un cantante tan afrancesado como los de mi generación: aquí lo que oía era Atahualpa Yupanqui, Paco Ibáñez, Violeta Parra... Y en Londres empecé a escuchar a Dylan y a los Stones, lo cual creo que le dio a lo que compuse después un aire más roquerito, callejero, anglosajón. Una cosa más turbia, mezcla a la que nunca he renunciado».

En ese punto, la pregunta se hizo obligada: «¿Crees entonces que de no haber vivido la experiencia inglesa no habrías sido el artista que conocemos?». Su respuesta fue rotunda: «Yo soy quien soy por puro accidente. Iba para profesor de Literatura en un instituto de provincias, a lo Machado. Y es bastante probable que hubiese escrito libros de poesía que no hubiera leído nadie. Mi proyecto no era ser Dylan, sino Antonio Muñoz Molina».

Henos aquí, por lo tanto, ante un cantante producto no ya de la convicción, sino del azar. Alguien que desde bien pronto se mostró remiso a navegar por las tranquilas aguas de la normalidad, el orden y la sensatez, y prefirió tentar a la suerte, faltar a la cita, dejar que siguiera sonando el despertador, gritar no.

Nacido en el seno de una familia de clase media en una época en la que estas eran una minoría, lo tuvo todo a su alcance para convertirse en un ciudadano más a lomos del tedio. Quizá ese profesor de instituto condenado a llevar una vida sin demasiados sobresaltos y al que le bastaría con contemplar las cornadas del arte desde la barrera.

Pero lo rechazó de pleno y se agarró con fuerza a la tristeza de la infancia que aseguraba tener metida en el alma, y a ese frío del que huía en pos de calor.

Tal vez por ello, en sus canciones se esconde un ser aterido a la búsqueda constante del amor, del beso, de la mano salvadora. Alguien que se mueve, por voluntad propia, entre una galería de personajes que vienen a simbolizar todo aquello que nos aterra —la soledad, el fracaso, la locura— y que trata de hallar en medio de ese paisaje desolador, de ese terreno estéril, una imposible flor que lo inunde de belleza y de luz, que lo aleje por siempre del dolor.

¿Es acaso un masoquista? ¿Un suicida?

No. Es, simplemente, un jugador.

Por eso renunció desde bien pronto a la seguridad de un empleo fijo, a la dudosa armonía de la familia convencional, a la hipoteca y al coche, al mismísimo Dios.

Flaco, ateo, escéptico, irónico, tímido, provocador, exultante, ciclotímico, calavera, tramposo, entrañable, realista y soñador, Sabina es el más notorio ejemplo nacional del hombre que se resiste a envejecer, del salvaje ilustrado que se niega en redondo a civilizarse.

Una suerte de Keith Richards a la española —aunque más cercano a la órbita literario-musical de Dylan o Cohen— que sacrificó, hace ya siglos, el calor del hogar en aras de la gélida atmósfera de los hoteles.

¿Un maldito? No lo creo.

Más bien un demonio fieramente humano.